

Dramaturgia  
Latino-Americana

v.3

Adeus Ayacucho



UNIVERSIDADE FEDERAL DA BAHIA

Reitor

Naomar Monteiro de Almeida Filho

Vice-Reitor

Francisco José Gomes Mesquita

EDITORA DA UNIVERSIDADE FEDERAL DA BAHIA

Diretora

Flávia Goullart Mota Garcia Rosa

Conselho Editorial

Titulares

Ângelo Szaniecki Perret Serpa

Caiuby Alves da Costa

Charbel Ninó El-Hani

Dante Eustachio Lucchesi Ramacciotti

José Teixeira Cavalcante Filho

Alberto Brum Novaes

Suplentes

Evelina de Carvalho Sá Hoisel

Cleise Furtado Mendes

Maria Vidal de Negreiros Camargo



LUIS ALBERTO ALONSO  
HÉCTOR BRIONES  
CACILDA POVOAS  
*(Los Organizadores)*

Dramaturgia  
Latino-Americana  
v.3

Adeus Ayacucho

NARRACIÓN DE JULIO ORTEGA EN VERSIÓN TEATRAL  
DE MIGUEL RUBIO

Unipersonal de Augusto Casafranca estrenado en 1990

EDUFBA  
Salvador-BA  
2010

©2010 *by* Organizadores  
Direitos de edição cedidos à  
Editora da Universidade Federal da Bahia - EDUFBA  
Feito o depósito legal

Revisão  
*Martha Pérez Trujillo*

Projeto Gráfico  
*Rodrigo Oyarzábal Schlabit*

Editoração eletrônica  
*Thiago Vieira*

Capa  
*Amanda S. Silva*

Sistema de Bibliotecas - UFBA

Rubio, Miguel.

Adeus Ayacucho / narración de Julio Ortega en versión teatral de Miguel Rubio : unipersonal de Augusto Casafranca estrenado en 1990. - Salvador : EDUFBA, 2010.

67 p. - (Dramaturgia latino-americana / organizadores Luis Alberto Alonso, Héctor Briones, Cacilda Povoas ; v. 3).

Obras publicadas, junto a la inversa.

Con : Adeus Ayacucho / narração de Julio Ortega em versão teatral de Miguel Rubio.

Texto en español y portugués.

ISBN 978-85-232-0705-2

1. Teatro brasileiro. 2. Teatro peruano. 3. Teatro latino-americano. I. Ortega, Julio. II. Casafranca, Augusto. III. Alonso, Luis Alberto. IV. Briones, Héctor. V. Povoas, Cacilda. VI. Título. VII. Serie.

CDD - 869.92



EDUFBA  
Rua Barão de Jeremoabo, s/n - *Campus* de Ondina,  
40170-115 Salvador-BA Tel/fax: (71) 3283-6164  
[www.edufba.ufba.br](http://www.edufba.ufba.br)  
[edufba@ufba.br](mailto:edufba@ufba.br)

## La Colección

Con la publicación de *Adiós Ayacucho*, versión teatral de Miguel Rubio, del cuento homónimo de Julio Ortega, el Festival Latino-Americano de Teatro de Bahía, junto al Teatro Vila Velha y a la EDUFBA, lanza el tercer volumen de la colección *Dramaturgia Latinoamericana*. Esta colección viene a llenar una laguna en las publicaciones de textos dramáticos en Brasil, donde la difusión de la dramaturgia latinoamericana contemporánea, principalmente la de los años 1990 en adelante, ha sido escasa. En este sentido, la colección adquiere una importancia fundamental por dar a conocer otros modos dramáticos, cuyos temas y experimentaciones formales les han dado a sus autores un reconocimiento internacional.

Los textos elegidos para esta colección, son fruto de las vivencias personales y sociales de sus dramaturgos, donde el contexto globalizado se deja ver entremezclado con el contexto local, evidenciando sus efectos culturales y políticos. Hay, sobretodo, en los textos aquí seleccionados, una fusión del tema con la forma. Las temáticas son pensadas y materializadas en la escritura dramática, en función de sus aspectos rítmicos, sonoros, inter-textuales, entre otros. Se trata de una dramaturgia cuyos autores se saben artífices escénicos, lo que hace que sus textos sean provocaciones que estimulan el juego teatral y la interacción de sus diversos elementos, luz, música, espacio, cuerpo, entre otros. Son textos que intencionalmente dejan lagunas o aberturas que piden un diálogo íntimo con el lector. Es precisamente este tipo de dramaturgia que esta colección se propone divulgar, y el texto *Adiós Ayacucho* constituye un importante ejemplo.

La colección *Dramaturgia Latinoamericana*, configura una significativa posibilidad de aproximación a la dramaturgia contemporánea de nuestro continente, tanto para estudiantes de literatura, de artes escénicas y de otras áreas de estudio. Del mismo modo, la colección podrá ser un material valioso para artistas teatrales que quieran desenvolver su práctica escénica montando espectáculos a partir de estos textos. Por ese motivo optamos por el formato de una obra en cada ejemplar, haciendo el volumen más fácil de manosear en la sala de ensayo; así como optamos por una edición bilingüe – portugués-español – para que los lectores tengan acceso al texto en su lengua nativa. Esto da a la colección un alcance internacional, lo que puede ser de interés también para investigadores, estudiantes y artistas de cualquier localidad latinoamericana.

## El Tercer Volumen

Para el tercer volumen de la colección *Dramaturgia Latinoamericana* elegimos *Adiós Ayacucho*, texto escrito por el director de teatro Miguel Rubio, a partir del cuento homónimo del escritor Julio Ortega, ambos de nacionalidad peruana. Rubio se ha destacado en el ámbito teatral latinoamericano como director de uno de los más significativos grupos del teatro peruano, el *Yuyachkani*, grupo fundado por el mismo Rubio en 1971 y cuya trayectoria se extiende hasta los días de hoy. *Adiós Ayacucho*, concebido como un unipersonal, fue montado en proceso colectivo entre Rubio y el actor del grupo Augusto Casafra, siendo estrenado en 1990. El texto trata de la trayectoria de un dirigente campesino muerto en la ciudad de Ayacucho, en Perú, descuartizado por una acción militar que lo

consideraba subversivo. Los militares, cree el campesino, llevarán la mitad de los huesos de su cuerpo para la capital del país, Lima.

En *Adiós Ayacucho*, es el propio muerto que con un triste y corrosivo humor, narra su viaje a la capital con el fin de recuperar su cadáver. Este es una costumbre andina, donde los muertos solamente pueden ser enterrados de cuerpo entero, en caso contrario se quedan en el mundo como almas en pena. El texto fue escrito y montado en el contexto de la guerra sucia peruana, en las décadas de 1980 y 1990, formando parte de una indagación poética de Rubio, sobre los posibles papeles del teatro en tiempos de violencia política. El texto configura una reflexión sobre una política del cuerpo, más precisamente del cuerpo ausente. El espectáculo de *Yuyachkani* no sólo ha viajado por el mundo, también, en 2001 viajó por el Perú, presentándose en diversas comunidades campesinas e indígenas, en el marco de una campaña a favor de los derechos humanos.

*Salvador, 11 de julio de 2010.*  
*Cacilda Povoas, Héctor Briones y Luis Alberto Allonso*  
*Los organizadores*





# Adeus Ayacucho

NARRACIÓN DE JULIO ORTEGA EN VERSIÓN TEATRAL  
DE MIGUEL RUBIO

Unipersonal de Augusto Casafranca estrenado en 1990

## Presencias

**Alfonso Cánepa:** Dirigente Campesino muerto y desaparecido

**Q'olla:** Danzante de la comparsa de los Capac Q'olla de Cusco, ataviado de pies a cabeza. También lleva máscara, montera, guantes, borlas y una vicuña disecada atada a la cintura.

**Mujer:** Intervendrá musicalmente en la acción a lo largo de toda la pieza.



En el centro del escenario una rampa, sobre la cual se velan las ropas (saco, pantalón, zapatos) de un desaparecido. Al pie, arreglos florales y un candelabro. Delante se quema incienso y hojas de eucalipto. Al extremo derecho, sobre una manta, está la mujer rodeada de instrumentos musicales. Al extremo izquierdo, dentro una bolsa de plástico negra, está escondido y va apareciendo el Q'olla.

Alfonso Cánepa y el Q'olla son interpretados por el mismo actor.

#### Q'OLLA

Va saliendo de la bolsa de plástico, mientras hace flamear una pequeña bandera blanca. Sale y descubre el velatorio. Se acerca.

Eso (mirando los zapatos) a ti ya no te sirve, y a mí me hace falta. Disculparás hermanito

*(Sube sobre los zapatos e inmediatamente su cuerpo empieza a temblar y Alfonso Cánepa empieza a hablar a través de él).*

#### ALFONSO CÁNEPA

Vine a Lima a...

Q'OLLA

...Recobrar mi cadáver.

ALFONSO CÁNEPA

Así comenzaría mi discurso...

Q'OLLA

...Cuando llegase a esta ciudad.

*(De un salto sale de la rampa).*

¡Ésta no es mi voz! ¡¿Quién eres?!

*(Se quita la montera).*

ALFONSO CÁNEPA

Así pensaba mientras salía de la fosa, a la cual me habían arrojado luego de quemarme y mutilarme, dejándome muerto y sin la mitad de mis huesos que se llevaron a Lima.

En Quinua, la semana pasada de este mes de julio, mes sin agua, decidí personarme en la Comisaría.

*(Sube a la rampa).*

El sargento al verme entrar se puso de pie.

*(Se pone de cabeza).*

¡Alfonso Cánepa! Cómo está usted mi sargento, vengo a ver esa denuncia que dicen que me han hecho. De qué me acusan ahora.

¡No te hagas el cojudo, eres un terrorista peligroso!

*(Se incorpora).*

Sabía que me acusarían de terrorista y ellos sabían que yo no lo era. Entonces, ¿Qué querían que confesase?

Q'OLLA:

*(Saltando de la rampa)*

¡En qué lío te metiste hermanito!

ALFONSO CÁNEPA

Primero me arrancaron la falange del dedo pequeño y yo ni cuenta me di. Sólo vi la sangre cuando me arrancaron la falange del otro dedo. Grité mucho. En ese momento debo haber comprendido que ellos no se detendrían y el cuerpo no dejó de temblarme. Después me llevaron a la salida del pueblo, junto al cerro grande y cerca del barranco. Allí me arrojaron de un jeep en marcha. Caí, rodé gritando, buscando una piedra, una zanja donde ocultarme.

Q'OLLA

¿Y?

## ALFONSO CÁNEPA

Pero me arrojaron una granada que explotó muy cerca y pude ver, como si fuera de otro, que mi brazo derecho se desprendía de mí, haciéndome adiós por los aires. Y caí, sabiendo que moría.

## Q'OLLA

Allí pues hubieras aprovechado para esconderte en cualquier parte, hermanito.

## ALFONSO CÁNEPA

Otra granada de fósforo reventó a mis espaldas vaciándome la cabeza y abriéndome el estómago como si fuera de trapo.

Mientras rodaba por los aires he visto a esos guardias bajando esa ladera, aullando como lobos. Alguien me levantó del pie derecho. Entonces me di cuenta que me faltaba la pierna izquierda. Me arrastraban hacia el fondo de esa ladera, allí donde las rocas son más grandes y la hierba más cortante. Pero me arrastraban tan mal que en el camino se me iban quedando algunos huesos más. En adelante tendría que llevar bien precisa la cuenta de mis partes perdidas para recobrarlas luego y darme sepultura.

Pero cuando me arrojaron por fin a un hueco ancho y poco profundo, y empezaban a taparme con piedras y paja brava, he creído ver a uno de esos policías hurgando en torno con una bolsa de plástico en las manos, y de inmediato supe, que este hijo de mala madre recogería mis pedazos para llevarse medio cuerpo mío.

Q'OLLA

*(Coge la bolsa y corre alrededor de la rampa llenándola de aire. Al llegar nuevamente al sitio inicial la sujeta y aparece la bolsa como si estuviera llena).*

ALFONSO CÁNEPA

Este mismo policía, antes de arrojarme al hueco, que sería mi tumba, me relleno la barriga con piedras y paja seca, como si yo fuese un muñeco hecho para ser deshecho.

*(Coge la bolsa y la carga).*

Me estuve muriendo un largo rato, o debo haber estado ya muerto cuando me cubrieron de rocas y paja brava y me entretuve pensando en mi condición de peruano crédulo.

Q'OLLA

Claro, sólo un tonto iría hasta la Comisaría sabiendo que lo perseguían.

ALFONSO CÁNEPA

Me estuve allí recordando y fui entrando en cólera. Esta vez la furia era por mí mismo. Se sabía que estaban matando por todas partes. Y algunos detenidos aparecían al mes en fosas comunes y con el cuerpo torturado. Pero a mí me habían hecho pedazos. Con un brazo y una pierna de menos no podría ir muy lejos, precisamente por eso, porque sólo tengo medio cuerpo conmigo ...

*(Vacía parte del aire de la bolsa sobre la rampa).*

Empecé a deslizarme, a escabullirme, a rodar un poco hasta levantarme por fin, junto a un árbol caído y quemado que encontré en el camino. Empecé a subir despacio esa ladera y ya desde la cima vi abajo el pueblo, oscuro y rojo. Sentí una pena larga, tranquila y grité, pero más bien me salía un ronquido feo, como de gato mojado. Repetí mis gritos nuevamente. ¡Devuélveme mi cuerpo! ¡Adónde se han llevado mis huesos!

*(Se sienta y acaricia la bolsa, luego la arruga y la arroja al fondo. Después se dirige a las ropas tendidas sobre la rampa).*

Q'OLLA

Yo también tengo que hacer mis cosas. Mira, te deseo la mejor de las suertes. Que te vaya bonito.

*(Se calza los zapatos).*

ALFONSO CÁNEPA

Ya amanecía cuando me senté al borde de la carretera a esperar que pasara la carreta de Don Luciano, el viejo que repartía la leche todas las mañanas temprano en el pueblo. En cuanto lo vi, me trepé detrás de la carreta como hacen los niños jugando, sólo que yo lo hice sin que me viera. Don Luciano iba envuelto en su chalina, más viejo que su mula rubia. Yo iba escondido entre la paja, cubierto con un pellejo de cabra, como pude.

De pronto la carreta entró al pueblo por un camino empedrado y se detuvo como todos los días en la primera



casa, la de los Robles. Y al instante se abrió la puerta y salió Rosa Robles, saludándonos. También yo respondí a su saludo con mi rugido, que si escuchó o no, debió pensar que era algún capricho de la mula decrepita.

Ay, don Luciano ¿Qué ha oído usted del Alfonsito? ¿Cómo será, no? Dicen que lo han matado. De Lima están viniendo, dicen que están matando por todas partes. Dijo alguien que no recuerdo.

Ya no hay remedio, todo se borra cuando mata el gobierno. Dijo el viejo.

La carreta siguió avanzando, esta vez por una calle apisonada de tierra, yo me levanté para ver por última vez la calle de mi infancia, pero me contuve.

Me lo han matado, hay que encontrar su cadáver, su alma no encontrará descanso, hay que darle cristiana sepultura. Dijo mi madre.

Si se entera de algo don Luciano, venga a advertirnos. Dijo mi padre.

La voz de él me sonó más lejana y distante, o será que habiendo perdido la mitad de mi cuerpo, sólo puedo escuchar la mitad de ellos, o quizás he perdido la parte que me vino de él, y por eso escucho su voz tan lejana.

Papá, mamá, cuánto sufrimiento, cuánto.

Fuera perro, fuera, iba diciendo don Luciano y la mula seguía trotando nerviosa. Un perro empezó a ladrar detrás de la carreta, el condenado me habría olido y ya otros empezaban a ladrar desde las puertas de sus casas. Pero el recorrido de la carreta terminaba del otro lado del pueblo, junto al paradero de los camioneros. Allí yo trataría de bajarme, de escabullirme entre cualquiera de esos camiones que van hacia la costa.

Por la ruta de Ayacucho eran cuatro días para llegar a Lima. Hasta ahora no me había sorprendido nadie y con suerte nadie lo haría. Llegando a Lima quizás tendría que descubrirme. La gente allá ya está acostumbrada a ver cadáveres en la televisión. En cuanto yo les contase mi historia no faltarían voluntarios para enterrarme.

*(Grita)*

!Espérame Presidente que quiero verte! Pero los perros empezaron a ladrar esta vez como locos. La leche de las botijas me había salpicado por todas partes, y encima la paja de la carreta se me había pegado por todo el cuerpo. Debía parecer entonces uno de esos muñecos de la altura que igual soportan el frío o la nevada.

En la congestionada estación de camiones descubrí uno, “El Peruanito”, aunque ese nombre me produjo ciertos reparos.

Q’OLLA

Claro, no fuera que se desbarrancase y te murieras dos veces por tu condición de doblemente paisano.

ALFONSO CÁNEPA

Pero era el camión más apropiado, lleno de cajas de frutas, de costales de papas. De modo que me arrastré entre la carga hasta anidar en un rincón abrigado junto a la caseta. Mientras tanto el chofer y su ayudante se servían unos tragos madrugadores para contrarrestar el frío. Por fin, y como quien no quiere la cosa, arrancaron el motor y encendieron una radio.

Nos movíamos lentamente, cuando en eso descubrí que alguien silbaba junto a mí. No pude reprimirme un sobresalto. Me descubrí y vi como la cara del hombre que silbaba dejaba de hacerlo y empezaba a abrir los ojos más y más. Me miró como si no pasara nada. De pronto el camión salió de la carretera en una curva estrecha. Entró por un camino arbolado y se detuvo frente a un pequeño cementerio. Me entró un pavor irresistible. Paró el camión. Subió el chofer. Removió unos costales y me destapó la cara.

Q'OLLA

Y tampoco te reconocería seguramente.

ALFONSO CÁNEPA

Aunque me queda la duda, porque inmediatamente sacó una bolsa de plástico negro...

Q'OLLA

Que seguramente le quedaba de algún entierro.

ALFONSO CÁNEPA

Mientras tanto el ayudante ya regresaba después de haber dejado un ramo de flores en alguna tumba. Ya volvíamos a la carretera. Una carretera muy mala por cierto. Con cientos de baches y miles de curvas. El traqueteo del camión me estaba moliendo los huesos.

Q'OLLA

Los pocos que te quedarían seguramente.

ALFONSO CÁNEPA

Debe haber sido, después de salir de Abancay más o menos, que empecé a reparar en la gente que cruzaba la carretera en determinados trechos. Otros iban sobre enormes piedras. La sospecha de que fueran como yo, desaparecidos, me sobrecogió. ¿No era yo acaso el único que iba a Lima a recobrar sus huesos? Cuando en eso... silencio. Parece ser una patrulla militar. ¿De qué arma serán? ¿Es un jeep o un camión? Camión, dijo otro, y podría ser de los sinchis. No, los sinchis aquí sólo se mueven por aire. ¡Uff!

Pero resultó ser un camión del ejército. ¿Qué pasó, qué los retiene?, preguntó un joven teniente pálido. Nada, mi teniente. La batería nomás, pero ya nos vamos, repuso el chofer. ¿Y eso? Preguntó señalándome. Yo seguía inmóvil. El brazo se me iba por un lado y la pierna por el otro. Falsa alarma, tampoco me reconocieron. Luego se retiraron, y yo me recompuse como pude.

No habíamos avanzado un trecho muy largo, cuando en eso un rumor desconocido nos detuvo. De inmediato y en sentido contrario al nuestro, apareció una patrulla repleta

de infantes de marina, en un camión que era una verdadera fortaleza.

Vimos que llevaban unos diez muchachos presos que cantaban una letanía oscura en quechua Ayacuchano. Les vi las caras llenas, los ojos simples, las mejillas quemadas por la helada, el pelo hirsuto. No había ningún misterio en ellos, eran tan de carne y hueso como cualquiera, sólo que un poco más, porque sabían que los iban a matar, y esa evidencia les daba la locura de los últimos días. Tanta muerte, tanta desesperación y nada. Su camión se detuvo junto al nuestro. Los infantes de marina se miraron sin alterarse. Los muchachos cerraron los puños en silencio.

Adiós y mucho cuidado con este camino, dijo el capitán. Luego se fueron de largo. Nosotros también en ese momento arrancamos.

*(Recoge una vela. Ilumina las ropas del muerto).*

Pronto llegaríamos a Huanta, otro de los ejes de la contrainsurgencia militar, hacía poco que allí fueron descubiertas tumbas secretas, enormes fosas comunes. Los cadáveres aún estaban en la plaza, irreconocibles. Mientras las madres gemían a coro buscando a sus muertos, yo escuchaba el crujir de sus huesos y el llanto intermitente. Tanta muerte, tanta matanza.

*(Enciende fuegos artificiales y salta jugando sobre ellos).*

A la entrada del pueblo nos detuvo un grupo de gente totalmente enloquecida, en torno a un predicador semidesnudo que anunciaba el fin del mundo. En cuanto

ingresamos a la plaza vimos que entraba a ella un cortejo fúnebre en dirección a la iglesia mayor, en cuyo atrio aguardaban las autoridades. Ajusiciaron a algún mandón local, pensé. Una trompeta fúnebre impuso silencio y en cuanto calló se oyeron al fondo explosiones de dinamita que hacían temblar la tierra. En efecto, la plaza se llenó de soldados. Nos movíamos a bocinazo limpio, frenando y acelerando. A la salida del pueblo, esta vez por la zona elegante, vimos a otro grupo de gente mejor trajeada, que escuchaba a su propio parlanchín que les prometía la paz del fin del mundo.

Ésta es la primera carta que pensé.

Q'OLLA

*(Coge las borlas que lleva al cinto y las lee a modo de kipus).*

Señor Presidente ,por la presente, el suscrito Alfonso Cánepa, ciudadano peruano, domiciliado en Quinua, y de ocupación agricultor, comunica a usted como máxima autoridad política de la República lo siguiente:

*(Se sienta. Hace el gesto de escribir a maquina)* el 15 de julio fui apresado por la guardia civil de mi pueblo, incomunicado, torturado, quemado, mutilado, muerto. Me declararon desaparecido. Usted habrá visto la protesta nacional que se ha levantado en mi nombre, a la que añado ahora la mía propia, pidiéndole a usted me devuelva la parte de mis huesos que se llevaron a Lima. Como usted bien sabe, todos los códigos nacionales y todos los tratados internacionales, además de todas las cartas de Derechos

Humanos, proclaman no sólo el derecho inalienable a la vida humana, sino también a una muerte propia con entierro propio y de cuerpo entero. El elemental deber de respetar la vida humana supone otro más elemental aún, que es un código del honor de guerra, los muertos señor no se mutilan. El cadáver es como si dijéramos la unidad mínima de la muerte y dividirlo como se hace hoy en el Perú es quebrar la ley natural y la ley social. Sus antropólogos e intelectuales han determinado que la violencia se origina en la subversión. No, señor. La violencia se origina en el sistema y en el Estado que usted representa. Se lo dice una de sus víctimas que ya no tiene nada que perder, se lo digo por experiencia propia. Quiero mis huesos, quiero mi cuerpo literal entero, aunque sea enteramente muerto

(Empieza a escribir a mano sobre un pergamino imaginario).

Al final dudo seriamente si usted leerá esto mío. Un antepasado más cándido que yo escribió una carta dirigida al rey de España de más de dos mil páginas, que tardó más de doscientos años en ser leída, en cambio el discurso de Valverde o el discurso de Uchuraccay se leerán en todos los colegios de este país como dos columnas del Estado. Por último, estoy seguro que usted hará todo lo posible por no demorar más mi entierro.

*(Cierra el pergamino y lo coloca dentro del saco de Alfonso Cánepa que está sobre la rampa. Se acerca a la rampa, coge el pantalón y se lo pone).*

Gracias hermanito, creo que esto me va quedar muy bien. Además, me va a hacer falta para seguir viajando.

ALFONSO CÁNEPA

*(Sube por detrás de la rampa y toma entre sus manos el saco).*

El camión subía por una larga cadena de montañas, sobre abismos profundos. Lentamente. De pronto al pasar por un puente estrecho, una explosión levantó un viento de ripio y polvo. Un grupo de muchachos armados nos rodeaba. ¡Nadie se mueva!, ordenó alguien, encañonándonos de inmediato. Enseguida procedieron a bajar parte de la carga que llevábamos para ponerla en una camioneta destartalada, que retrocedía en una nube de polvo. Al chofer se le ocurrió que quería un recibo para probar que le habían expropiado la carga (*Tira el saco*). Se produjo una violenta discusión con el jefe de la operación, que resultó ser una mujer, que lo amenazó con fusilarlo en el acto. No había por qué dudar de su intención.

*(Se pone el saco dejando dentro de él su cabeza).*

Al pasar por mi lado me dijo: ya ves, eso te pasa por reformista, no estás ni muerto, ni vivo, ¿quieres venirte con nosotros?

*(Levanta el brazo y dice no con el dedo, luego saca la cabeza de dentro del saco y vuelve a negar).*

No. Muchísimas gracias. Ella siguió diciendo: ¡salvo el poder, todo es ilusión! ¡Hagan inmediatamente un recibo para este hombre!, firmó y le entregó un recibo al chofer que no había dejado de sudar. Luego se fueron en otra nube de polvo rápidamente. Nosotros también quedamos



cansados y callados. El chofer repartió café de su termo y un pan de maíz fue circulando. (*Baja de la tarima cantando, dejando las ropas del Q'olla y finalmente la máscara*).

Cuando llegamos a las puertas mismas de la gran ciudad nos encontramos con los distintos negocios de la espera, los puestos de comida, los tinterillos, los coimeros, los fotógrafos, los policías, los familiares de los desaparecidos buscaban unos a otros en las fotos de sus muertos. Parecía un juego de naipes barajando la suerte de sus hijos. La avenida estaba llena de autos. En cuanto la luz roja detenía el tráfico, aparecía una enorme muchedumbre compuesta por toda clase de mendigos y de niños, que circulaban entre los carros con un vocerío angustiado. En cuanto me interné por la primera calle, un intenso olor me resultó familiar: Lima olía imparcialmente a orines.

Cuando me interné entre la muchedumbre de vendedores y compradores, me sobrecogió comprobar que allí había una tercera muchedumbre compuesta por toda clase de locos y lunáticos, que iban y venían aprisa. Iban hablando solos, vestidos de harapos, o desnudos, o tiznados. Por fin tenía yo una idea práctica. Pasaría por loco y así nadie más se ocuparía de mí. Yo no podía creerlo, una vendedora me ofreció una naranja, otro me dio una palmadita de consuelo, otros me miraban con una bondad que al principio me asustó.

*(Sube a la rampa).*

La catedral estaba en ese momento casi vacía. Desde la torre del campanario podía verse abajo la extensa Plaza de Armas, el Palacio de Gobierno y todas las esquinas rodeadas

por la Guardia de Asalto. Poco a poco fueron llegando toda clase de mendigos, de mancos, de cojos, de tullidos, de tantos enfermos. Decidí bajar. Pasaría por mendigo.

Oiga, se puede saber por qué estamos acá, es que el Presidente echará un discursito sobre la necesidad de la caridad cristiana. ¡Qué suerte!, podré darle mi carta personalmente.

Voces de mando se alzaron a las puertas del Palacio. Por fin el Presidente en persona y con el brazo en alto se puso al centro de su escolta y empezó avanzar hasta detenerse exactamente frente a mí. Yo no podía creerlo. Allí estaba el culpable de mi muerte, pero seguramente ignoraba hasta mi nombre, y tendría más de una explicación para probar su inocencia personal. Era, claro, un político. Pero si las leyes significan algo, él resultaba directamente responsable, aun si no había sanción formal para la multiplicación de la muerte en el país. Ahora que terminaba su mandato, por lo menos debía sentir la mirada de una de sus víctimas. Su voz me sonó amable, pero remota. No sé a quién se dirigía, no a nosotros ciertamente. Nosotros lo recordaríamos, sin embargo, no por el número de votos, sino por el número de muertos. Me acerqué a él lo más que pude y le extendí mi carta y vi que la guardaba en el bolsillo de su saco azul.

Un culatazo me levantó por lo aires antes de que cayera y rebotara a sus pies. Su guardia me registró de pies a cabeza, yo no podía creerlo.

Un niño me rescató con un coraje asombroso ¡basta, basta es mi padre! y los guardias taciturnos me soltaron en el acto.

Me recomponía ayudado por el niño, cuando en el piso oscuro vi mi carta arrugada y sin abrir. Volví a sentirme solo y sin saber que hacer. Miré los balcones cerrados del Municipio, el Palacio de Gobierno, donde el Conquistador Francisco Pizarro había sido asesinado. Miré la extensa Plaza de Armas, ahora casi vacía. Vámonos, te esconderé en la covachas del Rímac, me dijo el niño. Íbamos a voltear la esquina de Palacio cuando a la vista de la Catedral me dijo. Oye, ven, acompáñame.

*(Recoge el candelabro y sube a la rampa).*

La oscuridad bajo las grandes bóvedas era mayor. Al pasar por el sarcófago de Francisco Pizarro, me detuve un momento. Era una urna de vidrio y de mármol, con el dorado león español encima. Podían verse los restos del feroz fundador de Lima, una calavera consumida y unos huesos sueltos.

*(Dirigiéndose al niño)*

Oye, ven, ayúdame, hay que mover esta pesada tapa.

*(Deja el candelabro y coge la calavera del conquistador).*

Toma la verdadera calavera de Pizarro, puedes venderla. Y también estos huesos, salvo estos que me hacen falta.

El niño me miró a los ojos y me dijo: oye, toda la gente creerá que eres Pizarro. Está bien, te traeremos flores, pero

te juro que cuando sea presidente buscaré tus huesos. Juró pálido.

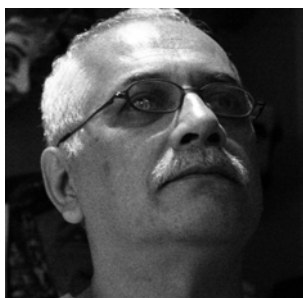
*(Recoge el candelabro, iluminándose el rostro, y sigue, sobre una grabación que duplica su voz como si saliera de ultratumba).*

Mi voz sonó como de otro en la amplia urna. Me escuché a mí mismo en el eco y entendí que mi hora era cercana. Ya me levantaría en esta tierra, como una columna de piedra y de fuego.

*(Apaga las velas soplándolas).*

## Miguel Rubio

Fundador y director del Grupo Cultural Yuyachkani, graduado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Particular “Inca Garcilaso de la Vega”, con especialidad en Sociología. Rubio construye un teatro de creación e investigación a partir del material que los actores proponen. Ha participado en innumerables festivales artísticos, cursos pedagógicos, encuentros y conferencias nacionales e internacionales. También impartió cursos en la Universidad Río Piedras, Puerto Rico, en Massachusetts, Institute of Technology (MIT) de Boston, Estados Unidos de América, en el Instituto Superior de Artes de la Habana, Cuba, en la Universidad de Bologna, Italia, y en la Universidad de Londrina, Brasil. En el año 1993, Miguel Rubio estuvo en China, donde fue invitado como observador del Instituto Tradicional de la Opera de Pekín, impartiendo también un curso teatral para actores. Participó del II Encuentro de la International School of Theater Antropology (ISTA), Italia, dirigido por Eugenio Barba. Es miembro del Consejo de Dirección de la Escuela Internacional de Teatro para América Latina y el Caribe (EITALC), con sede actual en México, además de colaborar en revistas especializadas de teatro.



## Colofão

Formato	13 x 20 cm
Tipologia	AGaramond
Papel	75 g/m <sup>2</sup> (miolo) Alta Alvura Cartão Supremo 250 g/m <sup>2</sup> (capa)
Impressão	Setor de Reprografia da EDUFBA
Capa e Acabamento	Gráfica Cian
Tiragem	300 exemplares